

Señor, abriste y confirmaste con tu poder y virtud la mar, y quebrantaste la cabeza del dragon en las aguas. Tú abriste fuentes y arroyos en el desierto, y secaste los grandes y caudalosos ríos. Tuyo es el día y tuya la noche, tú fabricaste el sol y la mañana. Tú criaste todos los términos de la tierra, y el invierno y el verano son obras de tus manos. Hasta aquí son palabras del psalmo.

§. II.

Que trata especialmente de la divina sabiduría, con algunos lugares de la Escritura Sagrada.

Estas autoridades que aquí habemos alegado nos declaran la grandeza del poder y de la sabiduría de nuestro Criador (las cuales despiertan en las ánimas religiosas una grande admiración y reverencia de tan alta majestad, y un sancto temor de ofenderla); mas porque este Señor no es ménos grande en la sabiduría, compañera de su omnipotencia, que en las otras perfecciones suyas, por tanto será necesario tocar aquí algo della, alegando algunos lugares de la sancta Escritura que della tratan. Entre los cuales uno muy señalado es el psalmo 138 (g), que trata de la inmensidad desta sabiduría, hablando con Dios por estas palabras: Señor, vos me teneis probado y conocido, y vos sabeis todo lo que hago estando asentado ó acostado. Vos conocéis de lejos todos mis caminos, y no sale palabra de mi lengua que vos no la sepáis. Vos, Señor, sabeis todas las cosas pasadas y venideras. Vos me formastes y pusistes vuestra mano sobre mí. Mas admirable es vuestra sabiduría de lo que yo puedo alcanzar, mas alta que todo lo que yo puedo comprender. ¿Dónde iré, Señor, que me ausente de vuestro espíritu, y adónde huiré de vuestra presencia? Si subiere al cielo, ahí estáis vos; y si descendiera al infierno, también estáis ahí presente. Y si tomare por la mañana unas alas muy lijeras, y con ellas volare hasta los últimos fines de la mar, de allí me sacará vuestra mano, y me prenderá vuestra diestra. Mas dije yo entre mí: ¿Por ventura las tinieblas me esconderán de vos? Mas la noche será tan clara como la luz del día para comprenderme en mis deleites. Porque las tinieblas no son oscuras delante de vos, y la noche os será tan clara como el día. Esto es de David.

Otro testimonio hay no ménos ilustre del Eclesiástico, que dice así (r): El hombre que cometiendo adulterio no hace caso deste pecado, viene á decir entre sí: ¿Quién me ve? Las tinieblas me encubren, y las paredes me tienen escondido. ¿Qué tengo por que temer? El Altísimo no se ha de acordar de mis pecados. Este tal hombre no teme mas que los ojos de los otros hombres, y no entiende que los ojos de Dios son mas claros que la lumbré del sol; los cuales están siempre mirando todos los caminos y pasos de los hombres, y la profundidad del abismo, y los corazones de los mortales, y lo mas escondido dellos. Porque todas las cosas estuvieron presentes á nuestro Señor Dios ántes que fuesen criadas, y tan claramente las ve agora despues de hechas. Y el mismo Eclesiástico, en otro lugar, pretendiendo avisar al hombre que no teme ofender á Dios, dice así (s): No digas, esconderme he de Dios, y ¿quién de lo alto se acordará de mí? En un pueblo grande no seré conocido. Porque ¿qué cosa es agora mi ánima entre tanta infinidad de criaturas? Mira pues, ó hombre, que el cielo y los cielos de los cielos, y los abismos, y toda la tierra, y todas

(g) Psalm. 138. (r) Eccl. 27. (s) Eccl. 16.

las cosas que hay en ella se mueven en presencia de Dios, y en todas estas cosas está insensible el corazón del hombre, y él entiende todo lo que pasa dentro de los corazones dellos. Mas ¿quién podrá atinar y entender los caminos de Dios? La conclusión de lo dicho es, que todas las cosas, como dice el Apóstol (t), están desnudas y descubiertas ante sus ojos.

Y así confesamos que él tiene siempre y actualmente presentes los pensamientos de todos los hombres que fueron, son y serán hasta el fin del mundo, así de los que se han de salvar, como de los que se han de condenar. Y esto no es mucho para él, porque todos estos pensamientos conoce Cristo nuestro Salvador, no solo en cuanto Dios, sino tambien en cuanto hombre; pues ha de ser juez de los unos y de los otros; y así conviene que sepa los procesos y vidas de todos. Esto sirve para que teman los hombres ofender á Dios, acordándose que pecan en los ojos y presencia del Padre Eterno y de su unigénito Hijo nuestro Salvador; el cual dice por su Profeta (v): Yo soy juez y testigo, dice el Señor.

CAPITULO XXXVIII.

De la inmensidad y grandeza de las perfecciones de nuestro Señor Dios, segun se colige por la grandeza de sus obras.

Lo que hasta aquí se ha dicho es lo que las sanctas Escrituras nos predicán de la inmensidad y grandeza de nuestro Criador. Agora procederemos en esta misma materia por las obras que en este mundo tiene hechas, así por las que él en la sancta Escritura nos tiene reveladas, como por las que se alcanzan por la lumbré de la razón; porque estas dan claro testimonio de la grandeza de su autor. Mas ántes que descendamos á estas obras, señalaré aquí una principal diferencia entre otras muchas, que hay entre el Criador y sus criaturas. Y esta es, que todas las criaturas tienen sus límites y términos hasta donde se extiende su naturaleza y virtud. De modo que tienen el sér limitado, y así el poder, y el saber, y la virtud, y todas las otras facultades que se siguen deste sér. Y este límite es conforme á la medida que el Criador quiso repartir á sus criaturas, dando á unas mas y á otras ménos, segun plugo á su divina voluntad. Mas él, como no tuvo superior que lo criase, así tampoco tuvo quien le limitase el sér, ó el poder, ó el saber, ó la bondad, ó la felicidad, ó cualquiera de las otras perfecciones suyas. Y por esto, así como carece de límite y de término, así en todo y por todo es infinito. De manera que su sér es infinito, y su poder infinito, y su saber infinito, y su bondad infinita, y su hermosura, su gloria, sus riquezas, su misericordia, su justicia y todas sus perfecciones son infinitas. Y por eso es en sí mismo incomprehensible y inefable, cuya grandeza ninguna criatura criada ni por criar puede comprender; porque solo él perfectamente se conoce y se comprende.

Tenemos para esto un ejemplo muy acomodado en los reyes de la tierra; los cuales en su reino reparten los cargos y oficios á diversas personas, como les parece, limitando á cada uno la jurisdicción de que puede usar sin perjuicio de la ajena. Mas el rey que limita estas jurisdicciones, tiene suprema y universal jurisdicción en todo su reino, sin reconocer superior. Y por eso no se le puede señalar ni tasar jurisdicción ni facultad alguna tan grande, que no se extienda ella á mas, y mas sin término ni medida. Y esta manera de jurisdicción se

(t) Hebr. 4. Psalm. 95. (v) Jerem. 29.

llama infinita en este sentido, que no le podeis señalar término alguno en que no pueda pasar adelante en materia de lícita jurisdicción. Pues por este ejemplo entenderemos fácilmente lo que está dicho, haciendo comparación del Criador á sus criaturas, como del rey á sus oficiales. Verdad es que en esto falta la comparación; porque la jurisdicción del rey es en cierta manera infinita, segun declaramos, mas la del Criador es plenariamente y en todas las maneras infinita. Lo cual aun se prueba por otra razón. Porque segun la comun sentencia de filósofos y teólogos, Dios es una cosa tan grande, que no solo no puede haber otra mayor, mas ni se puede pensar mayor. Pues como sea mayor cosa ser las perfecciones infinitas que finitas y limitadas, si las perfecciones de Dios fuesen desta manera limitadas, ya podríamos pensar otras perfecciones mayores que las suyas, lo cual es imposible por la sentencia susodicha, que es ser Dios una cosa tan grande, que no se puede pensar otra mayor.

Mas ántes que entremos en este santuario (donde se han de explicar cosas tan grandes) tomaré, como por tema y fundamento dellas, aquellas palabras de un ángel que representaba la persona de Dios, el cual siendo preguntado por su padre de Samson cómo se llamaba, respondió (a): ¿Por qué preguntas por mi nombre, que es admirable? Esta es una palabra que viene tan propia á la grandeza de Dios y de todas sus obras, que ninguna hay tan pequeña, que si bien se considera, no suspenda nuestros ánimos en la admiración de su Hacedor, y no nos haga decir: ¿Por qué preguntas por mi nombre, que es admirable? Tulio, grande orador, dice que no se ha de hacer caso de la elocuencia que no llega á poner en admiración á los oyentes. Pues si el ingenio humano ayudado de solo estudio y diligencia humana puede llegar á hacer un razonamiento tan perfecto y acabado, que ponga en admiración á cuantos lo oyeren, ¿qué se debe presumir de las obras trazadas y fabricadas por aquella infinita sabiduría (en cuya comparación toda la sabiduría de los querubines es ignorancia), especialmente en las obras mayores, de que aquí comenzaremos á tratar? De las cuales quien no se espanta y no queda como atónito considerándolas, es porque totalmente no las entiende, porque la majestad y resplandor dellas le ciega la vista.

Comenzando pues por la obra de la creación, digo que aunque fuese verdad lo que dice Sant Agustín (b) (y parece sentir el Eclesiástico), que Dios crió toda esta grande fábrica del mundo con todo lo que hay en él juntamente, mas con todo eso, con summo y divino consejo repartió Moises las obras de la creación en seis días. Porque como sea verdad que Dios crió todas las cosas por amor de sí mismo, esto es, para manifestación de la grandeza de sus perfecciones, no pudiera nuestro entendimiento abarcar cosa tan grande, y que tantas y tan grandes cosas comprendía, como todo este mundo; y así desfalleciera con la consideración de tantas y tan grandes cosas juntas. Y por eso la repartió el Profeta en muchas partes, mayormente que cada obra destes seis días por sí es tan grande, y tiene tanto que considerar, que cada cual dellas se podría repartir en muchas otras partes para haberse de considerar perfectamente.

(a) Judic. 13. (b) Eccl. 18. D. Aug. de Genes. ad litter. lib. 5. cap. 25. et imperfect. cap. 3. et de Mirabil. Sac. Ser. lib. 1. cap. 1. tom. 3. Item de Civ. Dei, lib. 11. cap. 7.

Tambien se ha de advertir aquí que criar, hablando propriamente, no es hacer de una cosa otra (porque esto se llama generación), sino es hacer de nada algo. Lo cual es cosa tan propia de Dios, que á ninguna criatura, por perfectísima que sea, puede ser comunicada.

Porque vemos en las mudanzas de las cosas naturales, que cuanto es mayor la distancia de un extremo á otro, tanto se requiere mayor virtud para causar esta mudanza. Y así vemos cuánto es mas dificultoso mudarse la tierra ó el agua en fuego, que el aire. Pues como sea infinita la distancia que hay de no ser á ser (porque no puede imaginarse otra mayor), síguese que sea necesario infinito poder para esta obra; y este es de solo Dios (c): el cual llama los cosas que no son, como si realmente fuesen.

§. I.

De la obra y creación del primer día.

Comenzando pues á tratar de las obras de los seis días en que Dios crió todas las cosas, en el primer día se dice que crió el cielo y la tierra: por lo cual entendemos los cielos junto con los cuatro elementos que están debajo dellos, tierra, agua, aire y fuego. No quiero encarecer aquí la grandeza del poder que bastó para que de nada (esto es, sin ninguna materia precedente) saliese á luz este tan grande cuerpo de la tierra, con todos sus montes y collados (porque todo este cuerpo no es mas que un punto en comparación de la grandeza de los cielos), sino de sola la grandeza dellos; la cual es tal, que si no fueran tan sabios y tan ejercitados en la ciencia de la astrología los que la determinan, no fuera creíble. Verdad es que al que atiende la inmensidad del poder de Dios (habiéndolo él criado estos cuerpos para mostrar en ellos la grandeza de su poder), no le será increíble lo que se escribe desta grandeza; presuponiendo siempre que el cielo superior es mucho mayor en cantidad que su inferior, y así subiendo por todos ellos hasta el Empíreo (cuya grandeza no se puede explicar), el cual es palacio real y morada de Dios, y de todos sus escogidos. Pues ¿de qué cantera, veamos, sacó Dios á luz estos tan grandes cielos? Y (descendiendo mas abajo) ¿de qué abismo sacó estos tan grandes mares? ¿De qué lugar sacó este tan grande cuerpo de la tierra, y lo puso en medio del mundo? ¿Quién, dice Dios por el sancto Job (d), abrió los fundamentos de la tierra, y la asentó en su lugar por peso y medida? ¿Sobre qué basas está ella firmemente asentada?

No pasemos al nono cielo que llaman el primer móvil (el cual con su movimiento arrebatá y mueve todos los otros cielos inferiores, y les hace dar una vuelta al mundo en un día natural), ni tampoco al cielo Empíreo, que está sobre todos; cuya grandeza es tanto mayor que la de todos sus inferiores, cuanto ocupa mayor lugar: ni hay indicios en la ciencia matemática, con que esto se pueda liquidar. Paremos en sola la grandeza del cielo estrellado, donde hay tanta infinidad de estrellas de muy diferentes grandezas. Pues tanteemos agora cuál será el poder que con una simple muestra de su voluntad sacó á luz de las tinieblas y abismo de la nada toda esta tan grande máquina, y no de un solo cielo, sino de tantos cielos juntos. Los hombres para hacer una casa es necesario juntar primero los materiales de que se ha de hacer, y maestros que la hagan, y peones

(c) Rom. 4. (d) Job. 38.

que sirvan á los maestros, y diversas herramientas para la obra, y trazas, y modelos ántes que se haga. Y con todo esto á cabo de mucho tiempo dan fin á esta obra. Porque siete años gastó Salomón (e) en la fábrica del templo, trayendo en él ciento y cincuenta mil hombres que entendían en la obra, con tres mil y trescientos maestros que gobernaban la gente. Y con todo este aparato hizo un tan grande rey una casa que, comparada con el resto del mundo, apenas es un nido de hormigas. Mas aquel omnipotentísimo Criador, sin ninguna destas cosas susodichas, en un instante, con una sola palabra crió estos cuerpos de tan increíble grandeza. Mas hácese creible, considerando la grandeza de las estrellas, entre las cuales ninguna hay tan pequeña, que no sea mucho mayor que toda la tierra, dado que dende acá parecen tan pequeñas, por la grandísima distancia que hay dende la tierra al octavo cielo, donde ellas están; lo cual se puede entender por la grosura de los cielos. Por donde dicen los que desta materia tratan, que si Dios convirtiese la tierra en una estrella, y la pusiese, no ya en el octavo, sino mas abajo en el sexto cielo, no se vería de nuestros ojos por ser tan pequeña. Pues considere agora quien tiene discreción, cuán grande sea el número de las estrellas del cielo (entre las cuales hay algunas de tan notable grandeza, que son cien veces mayores que toda la tierra): pues según esto, ¿qué tan grande será el cielo donde hay tanta infinidad de estrellas, y tantos espacios donde pudieran haber muchas mas? Y toda esta máquina tan admirable formó el Criador de nada, con sola esta palabra, *Fiat (f)*. Cosa es esta, que nunca los filósofos del mundo pudieron acabar de creer, porque no entendían cómo fuese posible hacerse de nada algo, mayormente considerando que en todas las mudanzas naturales veían que siempre se presuponia alguna cosa de que se hiciese otra. Por lo cual ó creyeron que el mundo había sido *ab aeterno*, ó dijeron que Dios y la materia prima (que ellos llamaban *caós*), de que todas las cosas creían haber sido hechas) fueron *ab aeterno (g)*. Mas la fe católica enseñada por Dios, nos predica ser el poder suyo infinito, y que así puede hacer de nada algo; y que con ese poder podría criar mil mundos en un punto, si quisiese. Porque á todo esto y mucho mas se extiende la inmensidad de su poder. Esta es una maravilla que suspende y agota todos los entendimientos, y los hace inhábiles e incapaces para poder tantear una cosa tan grande, y así caen como aturdidos, por no poder vadear este piélago tan profundo. Y así vienen á reprehender su atrevimiento de querer medir y pesar cosas tan grandes, castigándose con aquellas palabras del Angel (h): ¿Por qué preguntas por mi nombre, que es admirable? Esta es pues la obra del primer día.

§. II.

De la obra del segundo día.

Vengamos á la del segundo. En este día estaba toda la tierra cubierta en torno con el agua, como elemento mas liviano, que tenía su asiento y lugar natural, y como centro suyo sobre el cuerpo de la tierra. Y porque estando así la tierra no daba lugar á la habitación de los hombres (para cuyo provecho habían de servir los ele-

(e) 3. Reg. 5. et 6. (f) Contra quos August. De Genesi contr. Manich. lib. 1. cap. 1. et 2. tom. 1. Item. D. Thom. 2. cont. Gent. c. 35. 36. 37. (g) D. Aug. de Civit. Dei, lib. 11. c. 4. (h) Judic. 13.

mentos con todas las otras criaturas), mandó el Criador á las aguas que dejasen este su puesto y lugar natural, y se recogiesen á otro seno, y dejasen la tierra descubierta. Y las aguas, como si tuvieran sentido para conocer, y oídos para oír, y piés para huir, súbitamente desampararon la tierra, y el puesto natural que les pertenecía, y se mudaron al lugar que agora tienen, que ni es natural, ni tampoco se puede llamar violento; porque no hay violencia donde la criatura obedece al mandamiento de su Criador. Y lo que mas es, sin hacer él muros, ni reparos para que el agua no corra á su lugar natural, está sosegada y fija, sin tener mas reparo que una arena suelta. Y aunque se levantan sus olas unas tras de otras hasta las nubes, que parecen venir á cubrir la tierra, en llegando á las arenas reconocen los términos y la ley que les es puesta, y quebrantando allí todo su furor, no pasan adelante. La cual maravilla encarece Dios muchas veces en la sancta Escritura, especialmente en el capítulo 38 de Job (i), que ya alegamos, y mas particularmente en Hieremías, diciendo (k): A mí no temeréis ni temblaréis de mi presencia, que fui poderoso para poner el arena por término y muro de la mar, y embarracarse han y hincharse han sus olas y no lo traspasarán. Y pues el mismo Criador tanto amplifica la grandeza deste poder, con razon podemos aquí repetir las palabras del Angel (l): ¿Por qué preguntas por mi nombre, que es admirable?

§. III.

Producción de árboles y yerbas: obra del tercero día.

Vengamos á la obra del tercero día que tiene mas diferencias de cosas que considerar, que el segundo: que es cuando mandó el Criador á la tierra que produjese todo género de plantas y arboledas. Pues con solo este mandamiento del Criador, sin mas semillas, sin mas labor, sin influencias del sol, y de los planetas y estrellas (que aun no eran criadas), produjo la tierra tantas diferencias de plantas, de yerbas, de flores, de árboles, para tantos usos y provechos de la vida humana cuantos arriba declaramos (m), y por esto no lo repetimos en este lugar. Porque vieron los ojos de aquel Señor (á quien todo lo venidero está presente) las cosas de que nuestra vida tenía necesidad, y para todas proveyó de remedio. Mas entre tantas especies y diferencias de árboles que no tienen cuento ni número, uno de los que nos debían dar conocimiento de su providencia, son los grandes pinos que nacen en algunas partes, mayormente en Alemania, tan grandes, tan largos, tan gruesos, y sobre todo tan derechos, que ni con regla, ni plomada pudieran salir mas derechos, los cuales sirven para más tiles de navíos grandes, y galeones, que navegan de Occidente á Oriente (que son cinco mil leguas de agua) por mares muy tempestuosos; de los cuales vi uno tendido en la ribera de Lisboa, de tan extraña grandeza que me puso en admiración. Por do parece que vió el Criador que se habían de navegar estos mares tan grandes, y dende el principio del mundo, entre otras infinitas diferencias de árboles, crió tambien estos tan grandes, tan derechos, tan hermosos y tan acomodados al fin para que los crió. Porque por este medio navega tambien la fe junto con las mercaderías hasta el cabo del mundo.

(i) Job. 38. (k) Jerem. 5. (l) Judic. 13. (m) Cap. 10. §. 1 y 2.

§. IV.

Cuarto día: grandeza, lijereza y hermosura del sol.

Ni es ménos admirable, sino mucho mas, la obra del cuarto día, donde dijo Dios: Háganse lumbreras en el cielo, para que alumbren la tierra. Y por la virtud de sola esta palabra salió á luz el sol, la luna, el lucero del alba con los otros planetas, y toda la otra infinidad de innumerables y resplandecientes estrellas que hermosean mas que las flores y rosas de la primavera esa tan grande bóveda del cielo; cuyo número, grandeza, virtud y eficacia ¿quién la podrá explicar? Y despues de explicada, ¿quién la podrá creer? ¿Quién creerá que el sol es ciento y sesenta y seis veces mayor que todo el cerco de la tierra juntamente con el agua, pareciendo dende acá tan pequeño como la cabeza de un hombre? ¿Quién creerá la espantosa lijereza que el Criador le dió para moverse? Porque vemos que cuando por la mañana se comienza á descubrir en este nuestro mundo, en ménos que un cuarto de hora se descubre todo. Lo cual es correr tantas leguas, y tanto espacio cuanto ocupa el cerco de la tierra, multiplicando este espacio ciento y sesenta y seis veces, que es la cantidad que ocupa el cuerpo del sol. Pues ¿qué rayo cae del cielo que se mueva con tal lijereza? Y si la tierra, como los matemáticos dicen, tiene en redondo seis mil y trescientas leguas, multiplique quien esto sabe este número de leguas todas estas veces susodichas, y verá cuántos millares de leguas corre este planeta en tan breve espacio, cuanto es aquel en que se descubre cuando nace. Y considerando esto no podrá dejar de quedar atónito conociendo por aquí la grandeza de la omnipotencia que tal lijereza pudo dar á esta estrella, ó por mejor decir al cielo donde ella está, por cuyo movimiento ella se mueve. Mas no pára aquí la maravilla; porque mucho mayor maravilla es considerar la lijereza con que se mueve el noveno cielo, que está sobre el cielo de las estrellas, que llaman el primer móvile, el cual da una vuelta al mundo en espacio de veinte y cuatro horas, y arrebatada y mueve juntamente consigo todos los otros ocho cielos inferiores. Porque suponemos que cuanto un cielo está mas alto que otro, tanto mayor espacio y lugar ocupa, y tanto con mayor lijereza se mueve. Pues estando este primer móvile cinco cielos arriba del sol, síguese que se moverá con mas que doblada lijereza que el cuarto cielo donde está el sol. Y si la lijereza del sol tantó nos espanta, ¿cuánto mas espantará la del nono cielo, que con tanto mayor lijereza se mueve? ¿Qué rayo habrá tan lijero que no sea paso de tortuga, y mucho ménos en comparación dél? ¿Pues qué entendimiento habrá que no desfallezca considerando la grandeza del poder que tal lijereza pudo causar? Y sobre esta maravilla hay otra y no menor; y es que un solo ángel es el que aplicando su virtud á esta tan grande máquina del noveno cielo, la mueve dende el principio del mundo hasta hoy sin cesar, y sin cansar, y sin revezarse otro en este oficio, y esto con tan grande compas, que despues que el Criador le entregó este cargo, hasta hoy no perdió un solo punto deste compas, ni por este cuidado pierde un punto de la gloria que goza viendo la faz de su Criador. Y por razon deste compas aciertan los astrólogos muchos años ántes en los eclipses del sol y de la luna, por ser tan regular y tan infalible este movimiento. Pues ¿cuál es el poder que á una criatura dió tal poder? ¿Quién no se humi-

llará, y prostrará, y se hará un gusarapillo delante de tan grande majestad? ¿Quién tendrá osadía para ofender un tan poderoso Monarca y Señor de cielos y tierra? ¿Quién no verá con cuánta razon dijo aquel ángel en persona de Dios (n): Por qué preguntas por mi nombre, que es admirable?

La grandeza del sol, que ya dijimos, alcánzase por las medidas y reglas que los astrólogos tienen para esto. Mas que sea él mayor que el cuerpo de la tierra juntamente con el agua, vese á ojos vistas por esta experiencia. Si poneis delante de una hacha encendida un sombrero, que es un cuerpo mayor que la lumbrera desta misma hacha, la sombra deste sombrero, mientras mas adelante fuere, mas y mas se irá siempre extendiendo y ensanchando. Mas si pusiéredes en lugar dél una manzana, que es un cuerpo menor que la llama de la hacha, la sombra della por el contrario se irá siempre disminuyendo y ensangostando hasta que del todo se deshaga. Pues esto vemos por experiencia, que cuando el sol de noche está de la otra banda del mundo debajo de la tierra, la sombra della se va siempre estrechando, de modo que no llega mas que al cielo de la luna, y por eso la eclipse cuando acierta á ponerse debajo de la tierra enfrente della; mas allí fenecce esta sombra, de modo que no llega al tercero cielo, donde está el lucero del alba, el cual nunca se eclipsa, porque la sombra de la tierra no llega á él. Lo cual abiertamente declara ser el sol (que tan pequeño nos parece) mayor que todo el cuerpo de la tierra y agua; pues cuando él está debajo de la tierra, la sombra della siempre se va ensangostando de tal manera que no pasa del cielo de la luna, que es el que está mas vecino á nosotros.

Pues la grandeza de su virtud, de su calor y claridad ¿quién la explicará? Anaxágoras, insigne filósofo, se espantaba tanto de la virtud y claridad deste planeta, que preguntado para qué había nacido, respondió que para ver el sol. Tanto se maravillaba de la hermosura y eficacia desta estrella. Pues ¿cuál fué la virtud de aquel Señor, que con solo mandar, encendió una lámpara que alumbraba todo cuanto tiene criado, sacado el infierno, porque la tierra lo impide; y el cielo empuja, porque este tiene otra manera de luz mas excelente, que es el cordero de Dios, como dice Sant Juan (o)?

Ni es cosa de menor admiración haber criado tan gran número de estrellas, que solo él, que las crió, las puede contar. Y si cada una de las estrellas es mayor que este mundo inferior que entendemos por mar y tierra, ¿qué será haber criado él innumerables estrellas, sino haber criado innumerables mundos, tanto mas hermosos y preciosos que este, cuanto es mas excelente la materia de las estrellas que la de los elementos? Y todas ellas, juntamente con el sol y con la luna, fueron criadas con una sola palabra.

§. V.

Producción de aves y peces: obra del quinto día.

Vengamos al quinto día cuando dijo Dios: Produzgan las aguas peces y aves en sus géneros y especies. Y dejadas infinitas cosas que aquí hay que considerar, de las cuales algo ya dijimos (p), una sola quiero ponderar. Considere el hombre cuántas diferencias de aves de diversas condiciones y especies vuelan por el aire; y de ahí baje á la mar y mire esa fecundidad admirable de

(n) Judic. 13. (o) Apoc. 21. (p) Cap. 8. §. único.

tantas diferencias de pescados, y de mariscos, y de tantas figuras y formas dellas, unas tan grandes que espantan con su grandeza, y otras de tan extraña hechura que no ménos espantan con su artificio y figura: dellas tan armadas como lo está un hombre con un arnés tranzado, y otras desarmadas, que sirven de mantenimiento para las otras. Y considere también la gran fecundidad de los peces que se contienen debajo de una especie, la cual sobrepuja la de los animales de la tierra y de las aves del aire. Porque estos se hallan en ciertos lugares, pero la mar está cuasi toda cuajada de peces. Mas porque desta materia tratamos ya algo (q), al presente no diré mas que una cosa de mayor admiración que todas, y esta es, que siendo cuasi infinitas las especies de las aves del aire, y de los peces de la mar, y de los animales de la tierra, no halló toda la filosofía del mundo una sola que no estuviese perfectísimamente fabricada en su especie, sin haber en ellas cosa que sobre ni que falte. De donde manaron aquellas cuatro insignes sentencias de filósofos, de las cuales una es, que las obras de naturaleza son fabricadas por una inteligencia (que es por una perfectísima y summa sabiduría) que no yerra en lo que hace. Otra es, que el autor de la naturaleza siempre hace lo que es mejor y mas perfecto. Otra es, que la naturaleza no falta en las cosas necesarias. Y otra, que Dios y la naturaleza no hacen cosa superflua. Destas dos postreras sentencias se infiere, que en toda esta infinidad de especies de peces, y aves y animales, no se hallará cosa que se pueda decir, esto sobra ó esto falta; sino que todas están cabales y perfectas, cada cual en su género.

Pues considere agora el discreto lector, cuál sea el poder y el saber de aquel Señor, que sin trabajo, sin instrumentos, sin materiales y sin espacio de tiempo, con sola una palabra crió esta infinidad de especies de aves y de peces, con tanta perfección y con tanta provisión de miembros y habilidades para su conservación, que si mil años estuviera pensando (á manera de hablar) cómo pudiera fabricar cada criatura destas, no la hiciera de otra manera que la hizo, pues su sabiduría no crece con los años y con el tiempo. Y si esta perfección guardara en una sola especie de animales, no fuera cosa tan admirable; mas guardarla en tanta infinidad de animales, que casi sobrepujan el número de las estrellas del cielo, y salir todas á luz en un momento, con solo un *quiero*, cosa es esta que sobrepuja toda admiración. Y aunque la obra del cuarto día, cuando fueron criadas las estrellas y planetas del cielo (por las cuales se gobierna el mundo), sea admirable, mas me parece que lo es esta del quinto día. Porque aunque las estrellas tengan singulares propiedades y virtudes para influir en los cuerpos de la tierra, pero en la figura hay poca diferencia de unas á otras, mas que ser unas mayores y otras menores; mas en los cuerpos de los peces, y mas aun de las aves, hay tanta variedad de miembros, de órganos y de sentidos para conservarse en su ser, que cuasi toda aquella jarcia y armonía de miembros que pusimos en el cuerpo humano, hay en cada una destas aves.

Y si es tan admirable la fábrica del cuerpo humano que formó Dios en el sexto día, ¿cuánto lo será la de tantos millones de cuerpos de animales, que con una palabra fueron criados en el quinto? Cosa es esta de tanta admiración, que sola ella á juicio de Salomón es bastante causa para inducir los hombres al temor y reverencia de

(q) Ubi supr.

tan grande majestad. Conforme á lo cual dice él (r): No hay cosa que se pueda añadir ni quitar á las cosas que Dios crió para ser temido. Quiere decir, que están todas las obras de Dios hechas con tanta perfección, que no hay en alguna dellas cosa que se pueda añadir como necesaria, ni que se le pueda quitar como superflua. Y hallarse esto en tanta infinidad de criaturas, sin que se pueda señalar una sola especie en la cual haya un yerro ó un punto de mas ó de ménos, ¿quién no ve ser esto obra que nos incita á una admiración de tan grande poder y saber, y á temor y reverencia de tan grande majestad (s), que todo lo que quiso hizo con tanta facilidad en el cielo y en la tierra, y en la mar y en todos los abismos?

§. VI.

Admirase esta misma omnipotencia y sabiduría por la resurrección universal que nos propone la fe.

Este es el conocimiento que la obra de la creación (mayormente de los cielos) nos da de la grandeza del poder y de la sabiduría del Criador. Del cual dice el Profeta (t) que los cielos predicán la gloria de Dios, y que no hay lenguas ni naciones tan bárbaras, que no entiendan este lenguaje. Sobre lo cual dice Sant Crisóstomo: ¿Qué es esto? ¿Cómo los cielos predicán esta gloria? No tienen voz, no lengua, no boca: pues ¿cómo predicán? Esto, dice él, hacen representando la grandeza, la alteza, la hermosura, el sitio, la forma, y la constancia dellos: por la cual en tantos millares de años, ni se han envejecido ni gastado con tan continuos movimientos, ni alterado el curso dellos, y cuando esto vemos, adoramos al que crió tan hermosos cuerpos, y conocemos con tal vista la grandeza de su majestad.

Veamos agora esto mismo por la obra de la resurrección general, que la fe nos propone, la cual el Sancto Job, por especial revelación de Dios, ántes del Evangelio y de la ley, conoció y testificó por estas memorables palabras (v): ¿Quién me diese, que se escribiesen estos mis sermones? ¿Quién me diese, que se esculpiesen en un libro con una pluma de hierro, ó en una plancha de plomo, ó en una peña viva? Porque sé que mi Redemptor vive, y en el día postrero tengo de resuscitar, y otra vez tengo de ser cercado desta piel de mi cuerpo, y en esta carne mía tengo de ver á Dios: al cual tengo de ver yo mismo, y mis ojos lo han de ver, y no otro del que agora soy. Esta esperanza tengo yo guardada en el seno de mi ánima. No se pudiera representar este tan gran misterio con mayor claridad y mayor aparato de palabras, que las deste sancto varón. Pues esto que nos predica la fe, testifica también la razón, por ser esto conforme á la rectitud y cumplimiento de la divina justicia, para que pues el cuerpo juntamente con el ánima, miétras en este mundo vivieron, se ocuparon, ó en servir á Dios, ó en ofenderle, justo es que en la otra sean galardonados ó castigados.

Pues consideremos agora cuán grande sea el poder, que en un punto, y, como dice el Apóstol (x), en espacio de un cerrar y abrir el ojo, resucitarán en aquel temeroso día del juicio todos los cuerpos de los hombres, y se juntarán con sus propias ánimas: para que así todo el hombre (que es compuesto de cuerpo y ánima) resuscite, ó para la pena, ó para la gloria. Pues qué tan grande será el poder de aquel Señor, que por el ministerio

(r) Eecl. 3. (s) Psalm. 134. (t) Psalm. 18. (v) Job. 19. (x) 1. Cor. 15.

de un arcángel, y sonido terrible de una trompeta, que sonará por todas las regiones del mundo, resucitarán los cuerpos, de los cuales unos estarán hechos tierra, otros ceniza, otros comidos de aves, otros de peces, y otros de otros hombres; y todos estos han de resucitar. Y los que fueron comidos de otros hombres, resucitarán así los comidos como los comedores. Y los dientes, y calaveras, y huesos, que en aquel tiempo estuvieren enteros, aunque estén esparcidos por todo el mundo, vendrán á reconocerse unos á otros, y á hermanarse y encajarse en sus propios lugares, como estuvieron cuando vivían. Pensemos pues agora, ¿cuántos dientes de hombres estarán esparcidos á la hora de la resurrección general en todas las partes del mundo fuera de sus calaveras! Mas serán estos por ventura que las estrellas del cielo; y Dios sabe dónde están, y á qué cabeza pertenecen, para venir á juntarse con ella. Y con ser estos dientes tan semejantes entre sí, no se trocarán los unos con los otros, sino todos reconocerán sus dueños y sus propios lugares, y en ellos se volverán á fijar. Pues ¿cuál es el poder y el saber que hasta aquí se extiende?

Cuenta Eusebio en el libro v de la historia Eclesiástica, que en una persecución que hubo en tiempo del emperador Antonino Vero en Leon y Viena, ciudades de Francia (donde fueron innumerables los mártires que padecieron), no contentos con esto los tiranos, quemaron y volvieron en ceniza aquellos sagrados cuerpos, y echáronla en el río Ródano, para que se la llevase. Y desta manera les parecía que acababan de vencer á nuestro Dios, y quitaban á nosotros la esperanza de la resurrección. Porque decían: Esperan estos que algun tiempo se han de levantar de los sepulcros; y por esto, engañados con esta vana superstición, se ofrecen á los tormentos y á la muerte: pues agora ¿veamos si resucitarán, y si los podrá valer su Dios, y librarlos de nuestras manos? Pues siendo esto así, ¿cuál es aquel poder y saber que sabrá hacer diferencia entre tanta confusión y muchedumbre de cenizas, para conocer cuál parte dellas pertenece al cuerpo de un mártir, y cuál á otro, para mudar aquella ceniza en su propio cuerpo? Pues ¿quién no sale de juicio considerando y adorando y pasmando deste tan grande poder y saber?

Mas con ser esta una cosa tan grande que sobrepuja toda admiración, no sobrepuja la fe que della los fieles deben tener. Para lo cual sirve el ejemplo que para confirmación desta verdad trae el Apóstol (y), de la virtud que puso el Criador en todas las semillas de yerbas y árboles, en cada una de las cuales puso virtud para que della nazca la planta de que procedió la semilla; y lo que mas es, conviene que esta semilla muera, para que muriendo resuscite y fructifique. Mas adelante explicaremos mas enteramente este ejemplo, por el cual se verá cuán digno de fe sea este misterio, aunque parezca tan arduo. Porque á la rectitud y perfección de la divina justicia (como decimos) pertenece que el mismo cuerpo que fué instrumento y compañero del ánima en el mal ó en el bien, sea participante con ella en su mal ó en su bien. Ca de otra manera podrian los malos (como dice Eusebio Emiseno) regalar sus cuerpos con todo género de vicios, presuponiendo que otros nuevos cuerpos habian de ser atormentados, y no los suyos. Y por esto conviene, como el Apóstol dice (z), que este cuerpo corruptible resuscite incorruptible, y el que agora es mortal

(y) 1. Cor. 15. (z) 1. Cor. 15.

se vista de inmortalidad, para que así reciba su debido castigo ó galardón. Pues en esta obra no ménos, sino por ventura mucho mas que en la pasada, se ve la inmensidad de la sabiduría y omnipotencia del Criador: porque saber dónde están las cenizas, y las reliquias, y la materia de cuantos cuerpos ha habido desde el principio del mundo hasta que se acabe, y dónde están los que murieron ahogados en la mar en tiempo del diluvio y en los otros naufragios que han sucedido, y adelante se seguirán, ¿quién no ve cuán espantosa obra sea esta? Y si estos cuerpos estuvieran enteros con toda su armazón, como el de Lázaro de cuatro días muerto, ó como el del hijo de la viuda, que el Salvador resucitó, no nos espantara tanto; pero estando ya comidos de peces, ó aves, ó hombres, y convertidos en la substancia dellos, esto es cosa que agota todos los entendimientos humanos; porque por eso predicando el Apóstol este misterio en Atenas, escarnecieron dél los atenienses (aa), diciendo que era predicador de nuevos demonios. Mas á esto responde Sant Augustin diciendo (bb): Concedamos que puede Dios hacer alguna cosa que nosotros no podamos entender. Y responde también Salomón diciendo (cc): Así como no alcanzas de la manera que se fabrica el cuerpo de un niño en el vientre de la mujer preñada (dónde hay tanta infinidad de miembros y órganos y sentidos, y todos tan acordados y proporcionados al servicio y uso del cuerpo humano), así no puedes alcanzar las maravillas y secretos de las obras de Dios, que es el hacedor de todas las cosas. Responde también el sancto Job (dd): el cual dice que hace Dios cosas grandes y admirables, y tales que el entendimiento humano no puede escudriñar ni entender cómo sean posibles. Pues por esta maravilla, que sobrepuja todo entendimiento, se conoce cuán incomprendible sea la majestad y grandeza de aquel soberano Señor, que tales cosas sabe y puede hacer, y con cuánta razón dijo aquel ángel que lo representaba (ee): ¿Por qué preguntas por mi nombre, que es admirable?

§. VII.

Confirmase toda esta doctrina con la prodigiosa virtud que en las semillas puso el Criador.

Vengamos á otra obra en parte semejante á esta, la cual también sirve para confirmación de la pasada: que es la virtud admirable que puso el Criador en las semillas de todas las cosas, así de las plantas como de todos los animales; la cual (como un gran filósofo dijo) también agota todos los entendimientos, como la pasada, y sirve mucho para la fe y creencia della, como acabamos de decir. ¿Cuán admirable cosa es, que una pepita tan pequeña de una naranja tenga dentro de sí virtud para que della nazca un árbol tan hermoso como es un naranjo, tan oloroso cuando está florido, y tan vistoso cuando está cargado de fruto? Ni es menor maravilla, que en un piñoncillo esté virtud para producir un tan grande árbol como es un pino. Crece aun esta maravilla (como el Salvador declaró en el Evangelio) (ff) en el granico de mostaza: el cual siendo tan pequeño tiene virtud para que dél nazca un árbol tan grande, que se puedan asentar en sus ramas las aves del aire. ¿Quién pues fué poderoso para poner en cosa tan pequeña virtud tan grande? Pues desta virtud que hay en las semillas se

(aa) Actor. 17. (bb) D. Aug. de Civit. Dei, lib. 21. c. 25. tom. 5. (cc) Eecl. 11. (dd) Job. 5. (ee) Jud. 13. (ff) Matth. 13.